

Manu Almeida

COMO BAILAR SEM MÚSICA



**Besties
Books**

Manu Almeida

Como bailar sin música

Besties
BOOKS

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Manuel Almeida Rodríguez, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2023

ISBN: 978-84-270-5157-7

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 13.610-2023

Impresión: Rodesa, S. A.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1990

Es un día soleado, pero el frío ya empieza a calar hasta los huesos a los que transitan por las calles adoquinadas y grises de la ciudad, anunciando de manera prematura que el verano está a punto de acabar. Catalina corre por la acera con una barra de pan que le quema la palma de la mano, esquivando a la gente con soltura, como si lo hubiera hecho durante toda la vida. Su cabello castaño ondea con la apariencia brillante de un pelo perfectamente cuidado. Mientras se mueve con destreza, su sonrisa, en un principio grande, ocupando casi toda su cara, se desvanece a medida que avanza, sin que ella sea del todo consciente. Desconoce el motivo por el cual corre, y por más que piensa en ello, no halla la respuesta. No llueve, no hay ningún peligro inminente y tampoco llega tarde a ningún sitio. Simplemente, su instinto le grita que corra, y así lo hace.

Cuando se para en seco frente a su portal, con la respiración agitada, su expresión ya ha cambiado del todo.

La puerta, de color verde botella oscuro y con los cristales sucios, le da al edificio de ladrillo visto y grandes ventanales en el que vive un aspecto abandonado. Tiene varios barrotes que hacen que su hogar parezca una cárcel. Para Catalina, sin duda, lo es, pero también lo único que conoce. Mientras recupera la respiración, se pone a buscar las llaves en el pequeño bolso marrón que cuelga a la altura de su cintura. Después de mover la mano dentro de un lado al otro, se da finalmente por vencida: no las tiene. Llama al timbre con determinación, una que no le corresponde. Qué extraño, piensa. No suele tener esos despistes, pero por primera vez se alegra de que Héctor esté en casa.

Nada más poner el primer pie en el portal, un olor a humedad le invade las fosas nasales. Huele a cerrado, hace un calor denso y pesado por la falta de ventilación al que no se acostumbra. Parece como si el aire se pegara a su piel. Nada que ver con la brisa propia de la ciudad costera donde vive, que te acaricia incluso en los días de temperaturas elevadas.

La entrada está apenas iluminada, la poca luz que entra proviene del patio interior que hay al fondo del pasillo, justo al lado del ascensor que ella nunca coge, ya que le dan miedo los sitios cerrados y pequeños, y porque no está segura de cuándo ha pasado la última inspección —sospecha que hace mucho—. Sube las escaleras de una en una con cuidado, pues la energía de origen desconocido de la que disponía unos minutos antes ha mermado por completo y se ha convertido en parsimonia. Además, es un edificio antiguo y los peldaños de madera están viejos y algo destartalados; cada vez que pisa cada uno de ellos, emiten un sonido agudo, como si se fueran a romper en cualquier momento.

Al llegar a su rellano, pulsa el interruptor del pasillo y se enciende la luz amarilla titilante bajo unas letras negras

que indican que ese es el tercer piso. Se acerca a la puerta, pero no tiene que llamar al timbre: en el momento exacto en que acerca su mano al interruptor blanco y sus pies tocan levemente el felpudo beis que da la bienvenida, su marido, como si la hubiera estado observando tras la mirilla, abre la puerta y se aparta para que Catalina entre. Sin permitir que avance más allá de dos pasos, la abraza con fingido interés, impregnándola de su olor a especias y perfume masculino, y le pregunta por qué llega asfixiada. Se ríe y bromea con si la ha perseguido algún monstruo por la calle.

Bueno..., la realidad es que el único monstruo que Catalina conoce está de pie ante ella. Un monstruo con pantalones de lino grises, mocasines marrón brillante y camisa blanca perfectamente abotonada, con el cuello abierto para darle un aire informal. Un monstruo con apariencia humana, con una piel del color de la leche, pero no de una manera enfermiza, que contrasta en perfecta armonía con los ojos castaño claro y la piel tostada de Catalina, que se pone morena con mucha facilidad, algo que provoca que la gente no se acabe de creer del todo que es de Galicia.

El cabello de su marido es negro, frondoso, sin brillo. Tiene la mandíbula marcada y una nariz aguileña, dos características que, junto a sus cejas pobladas y las canas que empiezan a crecer, le dan un aspecto masculino. Nada que ver con los rasgos de ella, que son todo dulzura: unos ojos pequeños, intensos, bajo una cejas poco pobladas, que en ocasiones se retoca con un lápiz fino color caoba; una nariz chata y una cara redondeada que le aportan un aspecto angelical.

Aún siguen ahí, cerca de la puerta, sin apenas moverse. Parece como si Héctor se estuviera deleitando con la imagen de ella. Empieza a acariciar, con sus manos largas y algo huesudas el cuello delgado de Catalina de una manera que no es del todo delicada, sino más bien territorial,

como si quisiera marcar territorio aun cuando están a solas. Esa caricia, que en el pasado a ella le erizaba la piel de la mejor manera posible, ahora lo único que le provoca es malestar y ganas de escapar.

Si los observas desde la lejanía, podría parecer que juntos forman una pareja perfecta, según los estándares de la época,

Un hombre alto.

Una mujer menuda.

Un hombre fuerte, de espalda ancha y grandes brazos, que casi siempre lleva al aire, pues se remanga las camisas hasta los codos, donde se aprecian cada una de sus venas. Una mujer delgada, con cintura de avispa, que intenta mantener sus brazos delgados y pequeños siempre tapados aunque el sol apriete.

Solo habría que fijarse un poco en los detalles para saber que de ninguna manera conformarían una pareja perfecta. Pero nadie se fija en aquello que no le interesa.

Viven en un piso pequeño y antiguo, pero reformado y bien cuidado, de una calle a algo menos de media hora andando del centro de Vigo; una calle tranquila y sin cuestas. Pese a ello, Catalina no se siente en absoluto a gusto entre esas cuatro paredes. Nada tiene que ver esa sensación con las diferentes estancias de la casa o la cantidad de luz que entra en ellas, o con cómo huele, ya que el aire siempre está impregnado de frescura gracias a un ambientador de rosas y al olor a comida recién hecha.

Lo que más le gusta de su casa, sin duda, es su sofá tapizado en rojo y las ventanas. A veces se pasa horas observando las calles tras las cortinas blancas, dejándose ver apenas, sin apoyarse del todo en la barandilla, y sin expresión alguna en la cara, como si fuera un fantasma. Es una de sus actividades favoritas, junto con leer —por eso

le gusta tanto ese sofá—, y es que en ambas encuentra un punto común: puede imaginarse que es otra persona.

El salón es la habitación desde la que tiene mejores vistas. Es un salón amplio, monocromático, lleno de muebles de madera y colores beis tostados en sintonía con el parqué recientemente acuchillado. Lo único que rompe un poco la monotonía es el sofá de escay rojo, unas sillas verdes alrededor de una pequeña mesa pegada a la pared que no se usa nunca, los grandes ventanales, desde los cuales entra la suficiente luz como para no tener apenas que encender la lámpara de araña que preside la estancia, y los colores de los lomos de los libros viejos y apoltonados que se encuentran en las estanterías.

Desde el dormitorio también puede verse perfectamente la calle, aunque entra menos luz; esa es la razón por la cual las paredes son blancas, igual que el edredón de la cama de uno cincuenta —el tamaño ideal para poder dormir sin tocar en absoluto a Héctor, aunque, si por ella fuera, podría medir dos kilómetros más— y la alfombra de pelo —que, debido a la facilidad con que se ensucia, tiene un aspecto amarillento—. No hay nada más en la habitación que indique que en ella duermen cada noche dos personas, más allá de unas fotos en blanco y negro sobre la mesilla de noche y en la pared, unos cuadros que compraron en el rastro que no significan absolutamente nada para ninguno de los dos; un espejo grande en el que ella se observa todos los días, para reconocerse cada vez menos, una cómoda color caoba, un armario empotrado con baldas llenas de ropa, que, en el caso de Catalina, solo están ahí para coger polvo; y el olor que ellos mismos emanan.

En ambas estancias —siempre y cuando no haya nadie más—, se siente algo más libre, puede formar parte de vidas ajenas, observar a la gente moviéndose de un lado

a otro, a los coches avanzando por la carretera, pequeñas tiendas de ropa, algunas cafeterías donde los amantes del fútbol hacen ruido cada fin de semana, y comercios destinados al cierre nada más abrir.

Catalina deja el pan en la encimera de la cocina, cuya ventana da al patio interior, por lo que allí no siente esa sensación falsa de libertad. Además, siempre huele a fritanga, como si fuera un bar de carretera, pero ella lo prefiere a cerrar la ventana y notar que se ahoga aún más. La cocina es pequeña, con una luz fría que ilumina toda la estancia y unas baldosas blancas relucientes. Lo bueno que tiene es que no es ahí donde comen, sino en el comedor colindante, por lo que, pese a su reducido tamaño —a excepción de la encimera, en la que está la cocina, la tostadora, que desde que la compraron nunca ha vuelto a ser blanca; una cafetera que ella nunca utiliza, la nevera, y una alacena amplia, no hay mucho más—, puede moverse en ella con facilidad de un lado al otro sin sentir que se asfixia, aunque juraría que cada vez que Héctor entra allí —eso, gracias a Dios, es infrecuente— la estancia empequeñece, al igual que ella. No le gusta la cocina, ni tampoco el hecho de tener que preparar la comida de forma diaria, ya que lo siente como una obligación; sin embargo, pasa en ella más horas de las que querría por razones que no son de su elección.

En ese preciso instante, se dispone a preparar todos los ingredientes como cada día: se pone el delantal de cuadros rojos y blancos que hay colgado detrás de la puerta de entrada con cristales, como si le importara mucho mancharse; se hace una coleta, busca en la nevera, abre cajones, lava utensilios... Lo hace todo de forma mecánica, como si dejara de ser una persona para convertirse en un autómatas.

Hoy toca estofado de carne: corta las verduras en juliana con precisión sobre una tabla de madera que coloca en

la encimera de granito. La carne ya se está haciendo a fuego lento en la cazuela. Es el turno de la cebolla, y, al primer corte, le empiezan a picar los ojos y las lágrimas brotan sin cesar, lo que hace que su mente se llene de recuerdos. Al menos sabe que si Héctor le pregunta por qué tiene los ojos rojos, ella tendrá una respuesta sencilla en la punta de la lengua.

Aunque bien sabe que esa pregunta nunca se la hará.

Si se pone a pensar en el pasado, en el inicio de su historia, se da cuenta de que no siempre fue como ahora. Comenzó a complicarse hacía unos cuantos años por lo que él denominaba «el problema». No era algo grave, más bien una especie de delirio, algo que quería cumplir no sabía cómo, no sabía cuándo, pero sabía que lo cumpliría. No era más que un deseo, nada que, de conseguirlo, determinara su vida o la fuera a modificar para siempre. En cambio, para Catalina, era el problema sobre el que los demás hacían girar su existencia.

Si se remonta en el tiempo, antes de que todo explotara, sabe que también hubo cosas buenas en su relación, supone que siempre las hay, y que eso en sí mismo forma parte de la problemática. Porque mientras estás observando lo bonitos que son los pétalos, no te das cuenta de que tus manos están sangrando por las espinas.

Héctor y Catalina se conocieron cuando ambos eran pequeños e iban al mismo colegio. Su vida de aquella era más sencilla. Hace algún tiempo sacó la conclusión de que crecer es darse cuenta de que las cosas funcionan así, ser plenamente consciente de que todos a tu alrededor pasan el tiempo anhelando cosas que no tienen, y, con los años, terminan anhelando aquello que antes tenían y que no supieron disfrutar. Como una pescadilla que se muerde la

cola. Y por mucho que las personas sepan que no debería ser así, es muy difícil cambiarlo.

La gente vive por y para el anhelo.

Si bien es cierto que Catalina nunca ha tenido una vida del todo fácil, al menos en aquellos tiempos sí tenía un rincón al cual llamar hogar, y una familia que, a pesar de que no le daba todo lo que necesitaba, y sin duda era la causante de muchos de sus dolores de cabeza, la amaba e intentaba que estuviera bien en la medida de lo posible, aun si eso les suponía sudar hasta la última gota. También es cierto que muchas veces no lo conseguían, pero no podía culparles por ello.

Estaba contenta con eso, se podría decir que era suficiente, aunque su carácter, de aquella indomable, mostrara todo lo contrario: su lado más egoísta no paraba de quejarse. Sin embargo, si en casa, cuando no era más que una cría, no era del todo perfecto, el ambiente en el colegio era peor, y estaba convencida de que no sentir apoyo, o no saber cómo buscarlo, había condicionado su carácter, la había mermado hasta convertirla en lo que es ahora: un fantasma.

Cuando tenía apenas doce años, un día todo cambió: en su vida empezaron a entrar resquicios de luz, y para ella eso era suficiente, tanto como para no hacerse preguntas que, de haber encontrado en aquel momento las respuestas correctas, podrían haber supuesto la diferencia. No fue así, ya que en los inicios todo es fácil, pero cuando entra en juego la desesperación, un clavo ardiendo puede ser un lugar al que intentar agarrarse.

Él fue quien le habló primero, pero ella le regaló la primera sonrisa. Suponía que ese intercambio hacía que todo estuviera en paz, en equilibrio. No fue hasta muchos años después, cuando Catalina le daba a Héctor todo lo que tenía, y él se lo arrebató sin mirar atrás, sin temblar, incluso se regodeaba de ello, que se rompió el equilibrio.

Mil veces se ha preguntado cómo la persona que la vio crecer, que sabe dónde tiene cada uno de sus lunares, que le daba la mano y que cada sábado le preguntaba si quería salir a bailar con él con los labios temblorosos, nervioso, aguardando a que le dijera que sí, puede ser la misma que cada día la hace más pequeña, que le llena la piel de pequeños moratones, y que le exige que le entregue su cuerpo cuando apenas tiene energía, aun cuando le dice que no.

Como muchas veces le ocurre, su mente ha empezado a divagar. Lo utiliza como mecanismo de defensa cuando se aburre, o cuando quiere —necesita— escapar. Sabe que su cuerpo no puede, pero le alivia pensar que su mente no está del todo atrapada. Sin embargo, no se puede vivir de la imaginación. Por eso, cuando la voz rasgada y grave de Héctor le borra los pensamientos de un plumazo, se da cuenta de que sigue en la cocina removiendo el guiso.

—Hoy te noto algo diferente, ¿qué es lo que te ocurre? —pregunta Héctor mientras se acerca a ella por detrás, en silencio, como si fuera un fantasma.

—No sé... Nada. Estoy como siempre —dice sin soltar la cuchara de madera.

—Estás como... más contenta. —Vaya, no sabe qué la sorprende más, si que realmente crea que puede estar contenta, o que lo diga como si fuera algo malo—. ¿Ha ocurrido algo que quieras compartir conmigo, alguna *intuición*? —Y en el momento en que pronuncia esa última palabra, Catalina se estremece de forma casi imperceptible, porque sabe exactamente a qué se refiere.

—La única intuición que tengo es que, como me sigas entreteniéndome, voy a acabar quemando el guiso.

—Intenta que eso no ocurra, que tengo hambre —dice sonriendo, como si no fuera una especie de aviso, de advertencia.

Por fin la comida está lista y entra en el comedor con los platos en las manos. Héctor ya está sentado leyendo el periódico, sin apartar la vista, cuando nota la presencia de ella. Solo hay una tele que a veces encienden para que el silencio no los atosigue o no los obligue a hablar, dos bodegones colgados en la pared y la mesa en la que comen día tras día. Catalina coloca los platos sobre el mantel, que al sentarse le acaricia las piernas por encima de la falda provocando una leve sensación de cosquilleo, y observa a su verdugo frente a ella. Ambos empiezan a comer. Catalina tiene el semblante serio, las barreras levantadas. Pendiente. Esperando a que él haga algún comentario. No lo hace. Héctor mastica la comida en silencio, despacio, y se relame mientras la mira. Tiene una mirada penetrante en esos ojos marrones que, dependiendo de la luz, pueden parecer dorados, y que, en algún momento lejano, a Catalina le parecieron hipnóticos y atractivos. Sin duda, es un hombre elegante en cuanto a apariencia se refiere, con sus antebrazos apoyados ligeramente en la mesa, un reloj de esfera grande en la muñeca izquierda y una correa de cuero granate que acrecienta su masculinidad. Podría sentirse incluso excitada, pero lo que siente al ver su expresión son escalofríos.

—La verdad es que está todo muy rico; creo que hoy puede ser un gran día.